

I ntroducción

Un Padre con corazón de madre

Juan Pablo II habla así de Dios Padre en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Toda la vida cristiana es como una gran *peregrinación hacia la casa del Padre*, de quien se descubre todos los días el amor incondicional a toda criatura humana, y en particular al “hijo pródigo” [...]. El Jubileo, centrado en la figura de Cristo, se convierte así en un gran *acto de alabanza al Padre*» (n. 49).

Tomando la idea de esta sugerencia, ofrecemos una sucinta reseña bíblica que nos pondrá en contacto con algunos elementos esenciales de la paternidad divina. Bien entendida, será fácil comprender la «maternidad» de Dios y verla concretamente operante en Jesús.

13

1. El Padre en el origen de todo

El paso del tiempo y la sucesión de las generaciones animan el sorprendente milagro de la vida. Esta sigue el ritmo de la alternancia de los que nacen y los que mueren. Cuando se cobra con-

ciencia de estar vivo y de haber recibido la vida como un don, no se tiene dificultad para admitir a un Padre. Lo que vale para lo individual vale también para la comunidad y por ello los antiguos buscaban un padre común, un ser o una divinidad que presidiera el flujo de la vida.

«Padre» es el enlace con la vida recibida: la raíz de la palabra parece derivar del balbuceo del niño («papá» es una de las primeras palabras que se pronuncian). Pero «padre» es del mismo modo el enlace con toda la existencia: los «padres» son los abuelos, los antepasados, los que nos han precedido en la vida y nos han permitido entrar en ella. Preside en todo esto la idea de origen o de principio y, en consecuencia, la de autoridad y dignidad. No se engendra sólo a la vida física; en sentido figurado se puede ser «padre» de un proyecto, de una obra artística; se puede ser «padre» también en la vida espiritual y este título se confiere al sacerdote, según un uso muy antiguo, atestiguado ya en Jue 17,10: «Quédate conmigo y sé para mí un padre y sacerdote» (cf también Jue 18,19).

14

Invocar a la divinidad con el título de padre es un fenómeno que se encuentra en todas las religiones. Si se trata de vida, ¿por qué se favorece la figura masculina del padre y no la femenina de la madre? Porque la historia muestra que en la estructura jurídico-social de la familia puede darse una pluralidad de mujeres (poligamia), pero siempre una única figura masculina, la del padre,

precisamente. Además, él es el que ejerce en el cuadro de la economía doméstica la suprema autoridad, que, no por casualidad, se llama «patria potestad». El padre expresa mejor el vértice y el origen común; es lógico, por tanto, referirlo todo a él, antes que a la madre.

2. Antiguo Testamento

La Biblia comparte con las demás religiones la sensibilidad por llevar todo a un principio común. Sobre un denominador común se destacan, no obstante, claras e interesantes diferencias. Si el Antiguo Testamento emplea ampliamente el término «padre», que aparece más de 1.200 veces, sólo en 15 casos se refiere a Dios; no podemos decir por consiguiente que esta idea ocupe un lugar central en la fe de Israel. Sin embargo, su consideración prepara la comprensión siguiente, porque pone las bases para conceptos inéditos y claramente innovadores.

La construcción piramidal de la familia con el padre en cabeza explica el uso del término para indicar la autoridad y, según este modelo, Dios es padre porque todo procede de él y se le debe respeto y obediencia, como indica la expresión: «Y sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre; nosotros somos la arcilla y tú nuestro alfarero, todos somos obra de tus manos» (Is 64,7). De la responsabilidad hacia los hombres el paso a la

responsabilidad sobre todo lo creado es breve; por eso se celebra a Dios como padre y como señor (cf Mal 1,6). El Antiguo Testamento presenta a Dios como padre, nunca como genitor. Mientras que el mundo antiguo celebra la paternidad como generación, así en la mitología griega –por poner un ejemplo– a Zeus (Júpiter en latín) se le llama «padre de los hombres y de los dioses», la fe de Israel salvaguarda de una visión panteísta y no confunde en absoluto a Dios con las criaturas.

16 Otra novedad destacada: la noción de paternidad va unida a la elección de Dios que obra a favor de su pueblo. La idea de paternidad se entrelaza con la de benevolencia y la de amor. Más que padre de un individuo, la paternidad se refiere a la comunidad que Dios se eligió como hijo primogénito. Pero, en una observación todavía más sorprendente y sin paralelos, la paternidad de Dios va unida a un hecho histórico, a la liberación de Egipto: «Cuando Israel era niño, yo le amaba, y de Egipto llamé a mi hijo» (Os 11,1). De la paternidad viene la vida y surge también una relación. De la elección y del acontecimiento del éxodo se derivan compromisos para Israel, estimulado a responder con amor a las atenciones divinas. La observancia de los mandamientos se convierte en epifanía de amor y, cuando se da la tendencia a atrofiarse, se alza vigorosa la voz de los profetas: «¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un único Dios? Entonces, ¿por qué es-

tamos unos contra otros, profanando el pacto de nuestros padres?» (Mal 2,10).

A partir de David la paternidad divina se orienta de forma particular hacia el rey, llamado hijo de Dios (cf 2Sam 7,14); con esta luz debe leerse el salmo 2,7: «El Señor ha pronunciado: “Tú eres mi hijo”» que, dirigido en principio al rey, trasciende luego su significado histórico para asumir el mesiánico y preparar de esta forma el camino a la comprensión de la filiación divina de Jesús. Ya se ha lanzado un gigantesco puente sobre el Nuevo Testamento.

3. Nuevo Testamento

A la tímida presencia del concepto de padre en el Antiguo Testamento se contrapone una exuberante recurrencia en el Nuevo Testamento. Dios, padre de los hombres y padre de Jesús, es como la médula de la revelación neotestamentaria.

Para hablar correctamente de Dios Padre, de poco o nada sirven las analogías con el padre terreno: hay que dejar las copias y señalar directamente al original. «Padre» es para Dios un título de síntesis, un nombre que polariza a muchos otros y su importancia emerge de esta prohibición taxativa: «A nadie en la tierra llaméis padre, porque uno solo es vuestro Padre, el celestial» (Mt 23,9).

El Padre que está en los cielos explica su au-

toridad con soberana liberalidad, prodigándose en el dar sin distinciones porque considera a todos hijos suyos; «hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45). También por esta universalidad demuestra su perfección, que luego exige a todos los creyentes (cf Mt 5,48). No pretende una oración aburrida como una cantinela, atiborrada de quejica petulancia o de mágica insistencia; la abundancia de palabras debe dejar el puesto a la serena confianza que, al igual que el padre terreno provee al bien de sus hijos, con mayor razón el padre celestial se ocupa de la situación de los hombres. El texto de Mt 7,9-11 es una representación natural de la disponibilidad sin límites de Dios. Él es por tanto el padre previsor que conoce las necesidades de sus hijos, a los que prodiga los bienes necesarios para la vida cotidiana, entre los que está el don del Espíritu: «El Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan» (Lc 11,13).

El concepto del Dios previsor se aleja de una vacua analogía con la Fortuna que, como diosa con la vista tapada, distribuye irracionalmente sus dones a las personas ignorantes. Dios se pone en relación con el hombre, que es un ser inteligente y responsable: está asociado a una petición correcta, así como a un comportamiento coherente. La petición deberá seguir la modalidad de una jerarquía válida, que ordena los bienes según la prioridad de los valores: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará

por añadidura. Así que no os inquietéis por el día de mañana, que el mañana traerá su inquietud» (Mt 6,33-34). Al hombre se le pide una relación que se basa en la atención a la voluntad del Padre y en el amoroso compromiso de ejecutar su voluntad: «No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, entrará en el reino de Dios, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7,21). Además, el amor del Padre viene acompañado de una eficaz obra educativa y disciplinar, no exenta de exigencias fuertes: «Todo lo que pidáis en la oración creed que lo recibiréis, y lo tendréis. Cuando os pongáis a orar, si tenéis algo contra alguien, perdonádselo, para que también vuestro Padre celestial os perdone vuestros pecados» (Mc 11,24-25; cf Mt 6,14). Como se ve, la providencia divina cuida lo exterior y lo interior, asegura el sustento físico, así como el sano crecimiento de todo el hombre, educado para el perdón. En este contexto de totalidad se comprende la atención de la Providencia que proporciona «armas y protección» incluso en trances difíciles o humanamente desesperados: «Pero cuando os entreguen, no os preocupéis sobre cómo habéis de hablar o qué habéis de decir, porque en aquel momento se os sugerirá lo que debéis decir. Pues no sois vosotros los que habláis, es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros» (Mt 10,19-20). Este texto y otros (cf Mt 6,26 y 10,29) aseguran la atenta presencia del Padre.

El cantor de la paternidad divina es, más que

todos los demás, el evangelista Juan, que designa habitualmente a Dios con el título de padre (más de cien veces). Sobre todo Jesús emplea este término para expresar su relación con Dios. Se trata de una relación que es a la vez dependencia de amor y unidad de sustancia; a este respecto citamos dos textos: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18) y «Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn 10,30). El primero atestigua la función de revelación que el Hijo ejerce dando a conocer a Dios. Y nos lo da a conocer como el Padre, como el que lleva a cabo una intervención decisiva en la historia de la salvación. El segundo expresa la unión íntima entre el Padre y el Hijo, punto de apoyo del mensaje de Juan y ganglio vital de la revelación bíblica. Su relación de amor es admirable: «El Padre ama al Hijo» (Jn 3,35) y el Hijo está completamente entregado a la realización de la voluntad del Padre, hasta el *consummationem est*, el «todo está cumplido» (Jn 19,30), que celebra la glorificación del Padre y también del Hijo. La persona y la actividad de Jesús son la explicación de lo que es el Padre: «Para que todos honren al hijo como honran al Padre. El que no honra al hijo no honra al Padre que lo envió» (Jn 5,23). En la admirable composición teológica y poética del cap. 17, la llamada plegaria sacerdotal, Juan canta la vida que en movimiento circular parte del Padre y, pasando por el Hijo, llega a los discípulos y, mediante ellos, a todos los que serán

alcanzados por el efecto salvador de su palabra y de su acción. De esta forma se establece una comunidad que tiene por estatuto la comunión en la unidad. Todo gracias a la obra de Jesús.

Dada esta intimidad única e irrepetible, Jesús es y sigue siendo el único acceso al Padre, es más, su imagen que lo vuelve a proponer perfectamente y hasta el punto de poder decir a Felipe: «Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre?» (Jn 14,9). Jesús ha hecho visible el amor del Padre, es su sacramento: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su único hijo, para que quien crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). La respuesta del hombre en el amor será una experiencia de la paternidad divina y condición de acceso a la vida eterna.

La revelación de Dios como Padre y el ejemplo de Jesús tienen como consecuencia una renovada visión del mundo y de las relaciones entre los hombres; caen las barreras de nacionalidad y de contradicción: «No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3,28). Se abren los canales de una nueva comprensión del otro, a quien hay que considerar, no simplemente como hermano, sino que hay que mirarlo con la ternura con que lo ama el Padre que nos engendra a un amor nuevo: «Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor

es de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1Jn 4,7). Sólo con una correcta y completa relación con el otro podrá brotar, sincera y digna, la oración del «Padrenuestro», es decir, del Padre común.

4. Un título inusitado: *Abbà*

22 Tres textos del Nuevo Testamento (Mc 14,36; Gál 4,6; Rom 8,15) conservan la palabra aramea (lengua del pueblo en tiempos de Jesús) «Abbà», que significa «papá», «papi» o, todavía mejor, «papaíto», título familiar que emplean generalmente los niños. Los primeros cristianos no se habrían atrevido jamás a emplear este término si Jesús no lo hubiese usado y no hubiese autorizado a repetirlo. También en esto el cristianismo se diferencia del judaísmo, que temía corroer la sacralidad divina con una palabra típica de la ingenuidad infantil. Jesús propone una relación nueva con Dios, formada sin duda por una obediencia sustanciosa, pero también por nativa simplicidad, ajena a una religiosidad pomposa e impersonal. La familiaridad no debe confundirse con una desenvuelta intimidad con Dios y mucho menos con la banalización del mismo, sino como un signo de los nuevos tiempos: el Dios trascendente y creador de los cielos está cerca, gracias a la mediación del Hijo, en amorosa familiaridad. La nueva relación no crea descuentos con compromiso, sino que so-

lamente simplifica los procedimientos de acceso y de relación. Nace una nueva intimidad que se funda en una confianza incondicional y granítica, que es posible únicamente después de que Jesús nos ha dado a conocer la intimidad que le unía al Padre y nos ha introducido en esta familiaridad. Su Padre se convierte en nuestro Padre, como él mismo le confía a María Magdalena: «Anda y di a mis hermanos que me voy con mi Padre y vuestro Padre» (Jn 20,17). Sin mezclar ni confundir los papeles, existe ahora el Padre común y nosotros somos, según la feliz expresión de los Padres de la Iglesia, «hijos en el Hijo». Esta expresión está muy arraigada en el pensamiento paulino: Dios es el «Padre de nuestro Señor Jesucristo» (2Cor 1,3); nosotros, revestidos de Cristo, nos convertimos por el bautismo en hijos adoptivos: «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; en Cristo os habéis revestido de Cristo» (Gál 3,26-27). Revestidos de esta dignidad, recibimos el Espíritu que nos hace gritar «Abbà, Padre» (Gál 4,6; Rom 8,15): por tanto somos hijos en el Espíritu del Hijo. Se nos introduce así en el circuito del amor trinitario, del que somos beneficiados y beneficiarios.

23

5. Un Padre con corazón de madre

Oír hablar de Dios como madre puede crear cierta incomodidad al principio, porque estamos

acostumbrados a llamarlo padre. Dado que para nosotros los dos papeles no se pueden confundir, al decir padre parece quedar excluida automáticamente la categoría de madre. Sin embargo, ya el profeta Isaías había reivindicado para Dios una ternura femenina superior a la de una madre: «¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti» (Is 49,15). El lector moderno pierde gran parte de la fuerza del texto original, porque donde se habla de compasión, no se recoge la alusión al útero materno (en hebreo *rahamim* indica el útero y se traduce como «misericordia», «compasión», «ternura»), símbolo eficaz de amor, sensibilidad, donación. Así, cuando el hebreo habla de misericordia, más que un concepto abstracto como es en nuestras lenguas modernas, quiere referirse a una parte anatómica específica, símbolo concreto del amor. En esta línea, el Nuevo Testamento hace histórico el amor divino en la persona de Jesús. En la parábola del Padre bueno falta la figura femenina de la madre porque va incluida en la del padre. Cuando el texto dice que el padre se conmovió (cf Lc 15,20), alude al concepto que subyace a la mentalidad hebrea de la ternura materna. No es necesario por consiguiente la presencia femenina, porque está englobada en la figura del Padre. El mismo verbo aparece en otra parábola, la del buen samaritano («se compadeció», Lc 10,33), siempre para aludir a los senti-

mientos de Jesús, el verdadero samaritano que se inclina sobre la humanidad herida y abandonada. El evangelista Lucas atribuye sin sombra de duda a Jesús el verbo de la compasión cuando, con ocasión del funeral del hijo de la viuda de Naín, cuenta que Jesús «se compadeció» (Lc 7,13). Nuestro Dios y Señor es un padre que sabe ser también madre.

La altísima dignidad conferida al hombre creado a imagen de Dios está aumentada por la incomparable nueva dignidad de su filiación. Estamos ante una presencia explosiva: «Qué gran amor nos ha dado el Padre al hacer que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos de verdad» (1Jn 3,1). Ser hijos de este Padre significa ser divinizados. Junto a la alegría y a la gratitud del don de la filiación, obtenido por Cristo y continuamente sugerido por el Espíritu, nace un pesar que se convierte también en nuestro *confiteor* de hijos en muchas ocasiones ingratos. Para remediarlo, el Papa sugiere: «El sentido del “camino hacia el Padre” deberá llevar a todos a tomar, en la adhesión a Cristo Redentor del hombre, un camino de auténtica *conversión*» (TMA, 50). Será para nosotros una oportunidad renovada de descubrir al «padre de las misericordias» (2Cor 1,3) y para cumplir con renovado entusiasmo nuestra peregrinación hacia la casa del Padre.

Convenientemente instruidos por este *travelling* bíblico y estimulados por el documento del Papa, consideremos ahora la misericordia del

Padre en algunos rasgos específicos de Lucas. Partamos de la parábola más bella que Jesús ha regalado a la literatura universal (15,11-32). Ha hablado del Padre, lo ha colocado como actor principal de la escenografía de la vida, lo ha presentado como el Padre bueno, la madre acogedora que engendra a la vida nueva, a ideales inéditos y adormilados en lo profundo del ser. En la figura del Padre, Jesús ha ocultado su obra, la manera de intervenir en medio de los hombres, se ha demostrado epifanía, es decir, signo visible, de la ternura materna de Dios. También rociada de tanta ternura está la parábola del buen samaritano (10,25-37), en la que aprendemos un delicado amor al prójimo, independientemente de su condición. Una invitación a construir una genuina relación con Dios, que pasa a través de un puente de simpatía con los demás, viene de una tercera parábola, la que presenta a un fariseo y un publicano que suben al templo a rezar (18,9-14).

26

Dejando la ribera de las parábolas, conocemos a hombres verdaderos, de carne y hueso, que experimentan la paternidad y maternidad de Dios al conocer a Jesús de Nazaret. En primer lugar nos fijaremos en la simpática figura de Zaqueo, capaz de dar un vuelco a su existencia tras haber logrado la estima y confianza de Jesús, que lo ha «ascendido» a la vida nueva (19,1-10). De renacimiento o palingenesia se puede hablar en el caso de los dos discípulos de Emaús, que aprenden del misterioso caminante a divisar el camino de

la vida que pasa por la colina del Calvario (24,13-35). Con el Resucitado y gracias a él aprenden a resucitar a la vida nueva y a ser gozosos testigos ante los demás del hecho que ha transformado nuestra vida.

Finalmente dejamos un episodio que hace deslizar el interés de la bondad misericordiosa de Jesús, a la necesidad de que el hombre aprenda y sepa decir gracias a Dios en primer lugar, y luego también a sus mediadores, en este caso al propio Jesús, que ha obrado el milagro de la curación (17,11-19).

Apuntes de pedagogía divina

La parábola del Padre bueno (Lc 15,11-32)

Es costumbre extendida y común definir este fragmento «la parábola del hijo pródigo», aunque casi todo el mundo sabe hoy que el papel principal no le corresponde al «hijo pródigo», ni desde el punto de vista literario ni desde el punto de vista teológico. Siguiendo un laudable ejemplo que tiene ya muchos partidarios, se sugiere calurosamente dejar esta denominación equívoca y adoptar otra, por ejemplo, «la parábola del Padre bueno», que devuelve a la figura del padre el protagonismo literario y teológico. No se trata de una inútil o pedante manía perfeccionista, sino de una ayuda para señalar desde el título al auténtico protagonista y orientar así hacia la interpretación correcta de la parábola.

EL TEXTO

30

¹¹Y continuó: «Un hombre tenía dos hijos. ¹²Y el menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y el padre les repartió la herencia. ¹³A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano y allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida. ¹⁴Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. ¹⁵Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. ¹⁶Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. ¹⁷Entonces, reflexionando, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre! ¹⁸Volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros. ²⁰Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos. ²¹El hijo comenzó a decir: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. ²²Pero el padre dijo a sus criados: Sacad inmediatamente el traje mejor y ponédselo; poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies. ²³Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, ²⁴porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron todos a festejarlo.

²⁵El hijo mayor estaba en el campo, y al volver

y acercarse a la casa, oyó la música y los bailes. ²⁶Llamó a uno de los criados y le preguntó qué significaba aquello. ²⁷Y este le contestó: Que ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano. ²⁸Él se enfadó y no quiso entrar. Su padre salió y se puso a convencerlo. ²⁹Él contestó a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me has dado ni un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. ³⁰¡Ahora llega ese hijo tuyo, que se ha gastado toda su fortuna con malas mujeres, y tú le matas el ternero cebado! ³¹El padre le respondió: ¡Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo! ³²En cambio, tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado».

Contexto y dinámica del pasaje

Alguien se cree distinto y mejor que los demás y crea inmediatamente dos categorías, los buenos y los malos. Jesús nos recuerda que no corresponde al hombre determinar estas clasificaciones, porque el hombre solamente ve las apariencias. Dios, por el contrario, lee en lo profundo del corazón. Y muchas veces ocurre que la lectura atenta e imparcial de la realidad confirma lo contrario de lo que parecía a primera vista, esto es, que los buenos no son luego tan buenos como daban a entender y que los malos dejan filtrar actitudes y sentimientos contrarios al primer y sumario

juicio emitido en su contra. Con todos, buenos y malos (reales o presuntos), Dios manifiesta su comprensión paterna, acompañada siempre de la insistente invitación al arrepentimiento y a la conversión.

La dialéctica entre buenos y malos forma también el escenario y el desarrollo de la parábola del Padre bueno, que debe leerse y comprenderse en el contexto de la polémica que enciende los ánimos de escribas y fariseos, incapaces de comprender la actitud de Jesús con los pecadores, tan lejana y contraria a las «buenas reglas» de un maestro judío (cf Lc 15,1-3). Jesús responde con la parábola que nos ocupa, dando a entender fácilmente que su comportamiento no es sino el fiel reflejo del amor de Dios, el Padre bueno que se dirige de distintas maneras a los hombres, siempre no obstante con el mismo fin, atraerlos a la órbita de su bondad. Al igual que son distintos los hombres y las situaciones que viven, también son distintas las actitudes de Jesús cuando sale a su encuentro: se comporta precisamente como el padre de la parábola, que trata a sus hijos según las necesidades de cada uno. Un precioso paradigma que se debe considerar como «apuntes de pedagogía divina».

32

Tras una introducción que presenta a los personajes (vv. 11-12), la parábola se articula en dos actos con dos escenas cada uno, el primero dominado por el padre y el hijo menor (vv. 13-24), el segundo por el padre y el hijo mayor (vv. 25-32);

en el segundo acto se revelará más importante, si no directamente decisiva, la relación entre los hermanos, transformada en necesaria por la intervención amorosa del padre.

COMENTARIO BREVE

1. Introducción: el padre y sus dos hijos (vv. 11-12)

«Un hombre tenía dos hijos». Con un comienzo sobrio y esencial se presenta a los personajes que animarán la parábola evangélica más bella: el padre y sus dos hijos. Estos tres personajes crean dos tipos de relaciones, la primera la de padre e hijo, desdoblada en padre e hijo menor y padre e hijo mayor, y la segunda, la de hermano y hermano, relación que no se expresa hasta el fin de la relación y que es, sin embargo, de capital importancia.

Después de los personajes, aparece el antecedente que es causa y motivo de todo lo que sigue: «El menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde». El menor se asoma a la escena con los rasgos del arrogante y del prepotente, exigiendo lo que un día podrá ser suyo, pero que ahora pertenece todavía al padre. Este último podía reaccionar de diversas maneras; aventuramos algunas:

- negarse, aduciendo la injusticia y su derecho vigente contra el derecho del hijo, todavía latente y futuro;
- convencer al hijo de la inutilidad o de la peligrosidad de esta exigencia, previendo un uso poco prudente de tanta riqueza en manos inexpertas;
- responder duramente a la insolencia y arrogancia del hijo menor, que pedía algo fuera de lo normal; si dura era la exigencia, dura podía sonar la respuesta.

Ninguna de estas posibilidades entra en la consideración del padre, cuya reacción inmediata y sentimientos no conocemos, porque el texto se expresa muy lacónicamente con la frase: «El padre les repartió la herencia». El padre elige un camino lejos de la lógica común, el camino de una desconcertante flexibilidad: ni una objeción, ni una palabra, ni un último intento de impedir el proyectado plan del hijo menor.

34 Vamos a intentar ponernos en el lugar del padre y entenderlo. El hijo es joven, ya no es un niño, ni tampoco adolescente: tiene una personalidad que debe ser respetada. Retener en casa a alguien que encuentra pesado el aire que respira y que ya no considera enriquecedora la relación con su familia equivale a romper una relación de sintonía interpersonal y de comunión que la permanencia obligada no consigue reparar ya. Y luego, ¿cuánto duraría esta vida, considerada,

tras una ocasional negativa del padre, como una vida de esclavo por estar limitada por la cadena de la dependencia paterna? El padre que quiere tener a toda costa a su hijo en casa está movido tal vez por el amor, pero en el fondo quiere precaverse contra el *riesgo* de la incógnita. Educar significa trabajar con un amplio margen de riesgo y de incógnita, educar significa respetar la libertad del otro, sobre todo cuando el otro es adulto, aunque se puede prever un uso incorrecto de esta libertad. Servirse de la propia autonomía o de la propia superioridad para vincular al otro a los propios deseos o puntos de vista podría crear un continuo juego del escondite y llevar a una codificación del enredo, salvando tal vez las apariencias, pero no la sustancia.

El padre se presenta como *el que tiene y el que da*. La continuación del relato mostrará que su proceder no nace de la indiferencia o de la ligereza, sino de la capacidad de arriesgar y de esperar en el valor del bien. Por el momento el relato prosigue sin ofrecer sentimiento alguno del padre, ninguna reacción ante la decisión del hijo, condescendiendo a la insólita petición de dividir el patrimonio.

35

2. Primer acto: el padre y el hijo menor (vv. 13-24)

Toda la primera parte de la parábola pone en escena la actividad del hijo menor, su alejamien-

to del padre y el regreso. Aunque el joven es el sujeto de la mayor parte de las acciones y de los sentimientos aquí descritos, se observa enseguida que la figura del padre domina casi siempre y termina por imponerse como la figura principal que motiva y determina muchos sentimientos o acciones del hijo, de forma que el padre, y no el hijo, queda como sujeto lógico, aunque no gramatical, de este primer acto.

– *Primera escena: el hijo menor se aleja y vuelve con el padre (vv. 13-20a)*

El autor de la parábola encierra la primera escena entre un *partir* (v. 13) y un *regresar* (v. 20a), dos verbos que expresan un movimiento físico contrario, pero que expresarán también dos momentos contrastantes en el ánimo del joven.

36

«A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano». La elección de un país lejano quiere expresar la distancia física del padre, pero todavía más la sustracción a su posible influencia –como recordará más adelante la parábola, este «lejano» equivale a la superación de la frontera del país, porque se hablará de la cría de cerdos, animales que los judíos no podían comer y que por tanto no criaban–. La salida ocurre bajo el signo de las más halagüeñas perspectivas, porque el hijo menor posee los elementos que en toda época se consideran ingredientes

indispensables de la felicidad: juventud, riqueza y libertad.

La *juventud* es un gran valor, como ha recordado Juan Pablo II en su carta apostólica a los jóvenes del mundo: «La juventud por sí misma (con independencia de cualquier bien material) es una singular riqueza del hombre [...]. El período de la juventud de hecho es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del “yo” humano y de las propiedades y capacidades unidas a él [...]. Esta es la riqueza que hay que descubrir y también programar, elegir, prever y tomar las primeras decisiones propias [...]».

Para Giovanni Papini los signos de la juventud son tres: la voluntad de amar, la curiosidad intelectual y el espíritu agresivo, elementos que hacen envidiable esta estación de la vida.

La *riqueza* material, entendida como continua posibilidad de satisfacer las necesidades y como garantía de éxito, es un ideal continuamente perseguido por muchos, que con este fin gastan sueños, esperanzas y energías. Quien la consigue de verdad suele ser envidiado, porque se le considera preparado para tener la felicidad al alcance de la mano.

La *libertad* se considera la condición para disfrutar de la juventud y de la riqueza.

Por tanto, nuestro joven se aleja del padre con la pretendida seguridad de poseer la llave que abre todas las puertas de la felicidad, precisamente por ser joven, rico y libre.

El texto prosigue con una frase lapidaria: «Allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida». En esta frase se recuerda una verdad que la observación de la realidad ha confirmado en más ocasiones: una riqueza, aun siendo faraónica, se agota pronto cuando no se administra sabiamente. Nuestro joven pertenece al amplio grupo de personas que en el juego, en el vicio o en las juergas han dilapidado en poco tiempo una fortuna que otros habían acumulado con esfuerzo y sacrificio. Este hecho determina un cambio en el curso de los acontecimientos, agravados por una situación imprevista como el hambre: «Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad». En la lógica del relato el hambre representa lo *imprevisto*, componente indeterminado en cantidad y en tiempo, pero con el que siempre hay que contar en la vida. Las personas sabias y avisadas se previenen de diversas maneras para afrontar los imprevistos; los necios, por el contrario, viven bajo el signo de la despreocupación, como si la vida tuviera siempre que obedecer a la lógica de sus sueños.

Ante la falta de dinero y ante lo imprevisto, que aquí recibe el nombre de hambre, el joven de la parábola reacciona buscando trabajo: «Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a guardar cerdos». No es fácil pasar de una despreocupada vida de francachelas al esfuerzo del trabajo material, pero el joven se adapta por-

que no proviene del mundo grecorromano, que reservaba el trabajo manual sólo a los esclavos –en Israel el trabajo se apreciaba como actividad característica del hombre (cf Gén 2,15), hasta el punto de que incluso quienes se dedicaban al estudio de la *Torá* tenían que vivir del trabajo de sus manos–. Trabajar no es degradante para un judío, pero no todos los trabajos son aceptables para la mentalidad judía, como por ejemplo cuidar cerdos, animal inmundo cuya carne no se podía ni comer ni tocar. A la humillación de este trabajo se añade la del desinterés de los demás por su persona: «Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba», sin duda porque el patrón estaba más interesado en engordar sus cerdos que en dar de comer a este aventurero que estaba de paso. Es muy brusco el cambio de joven gentil con mucho dinero a guardián de cerdos a quien se le niegan las bellotas.

Esta situación desagradable hace saltar un mecanismo de replanteamiento: «Entonces, reflexionando, dijo». ¿Por qué este reflexionar? ¿Qué significa? Reflexionar, «volver a sí mismo», significa que antes había salido de sí mismo; se creía libre y por el contrario se reconoce sólo como un disociado mental, un esquizofrénico que había perseguido una quimera como si se tratara de la realidad. Ahora arregla la separación dejando que vuelva a surgir el mundo sumergido de la casa paterna, del padre, de la abundancia:

«¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre!». La necesidad física, el hambre, ha desteñido los colores que pintaban la vida de fácil, así como inconsistente, felicidad, y ha vuelto a plantear una realidad sobria, pero esencial: una casa, una protección, un trabajo y un sustento seguro.

La necesidad material motiva dos mecanismos responsables de dos tipos de regreso, uno moral y otro físico:

- el retorno moral, con el reconocimiento del error propio y la conciencia de haber perdido la relación padre-hijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros». Aquí encontramos la grandeza moral de la persona capaz de reconocer y de admitir el propio error, con lucidez y sin reticencias; es el impulso sincero y humilde del joven que asume toda su responsabilidad; es la humilde admisión de su error, que sirve de contrapunto a la descarada presunción que lo había llevado a alejarse;
- el retorno material («Se puso en camino y fue a casa de su padre»), con una firme resolución, madurada a la luz de una reflexión que integra la vida en una visión menos miope.

¡Qué distintos son la partida y el regreso!
Había marchado rico y vuelve pobre, había

marchado gallardo y seguro de sí mismo y vuelve humillado y con todas sus seguridades rotas; había marchado joven y vuelve envejecido por el trabajo y por las experiencias (si es cierto lo que dice Mauriac: «Tenemos la edad de nuestros pecados»); había marchado hijo y vuelve no hijo; había marchado libre del padre y vuelve libre de sí mismo, de su desdeñosa autosuficiencia. Lo ha perdido todo, sin embargo ha encontrado la capacidad de reflexionar y de valorar algo de la casa del padre, la comida. ¿Sólo la comida? A ella va unida la secreta esperanza de una posible acogida del padre: espera que lo reciba como criado, desde luego no como hijo. Si hubiera estado seguro de un rechazo total del padre o de su reacción irreflexiva, no habría vuelto. El joven posee una cierta imagen y conocimiento de su padre que da lugar a su regreso. Esta confianza debe ponerse junto a la necesidad de pan. El regreso, por consiguiente, tiene el alimento como causa específica, pero un cierto concepto de padre como causa eficiente. En el fondo, el joven confía y espera que el padre no le niegue ni techo ni trabajo. La primera escena termina con este regreso a las personas y a las cosas abandonadas, aunque con la conciencia de no poseerlas ya como antes. El retorno, motivado por la necesidad material, revela una actitud de confianza en el padre que seguramente lo acogerá como criado y le garantizará el sustento.

A pesar de todo el bagaje de experiencias negativas y de errores que el joven lleva consi-

señal de que el amor no se rinde nunca, que cree en la victoria del bien sobre el mal, que espera en el florecimiento de los buenos principios enseñados. Únicamente en este punto comienza a manifestarse la verdadera actitud del padre que, con su solicitud al correr al encuentro del hijo, indica que vivía en una perenne espera que lo llevaba a esperar y a escrutar continuamente el horizonte. El regreso del hijo es la respuesta al arte educativo del padre, que no había derribado el puente de confianza que lo unía al hijo, aunque la confianza había sido traicionada momentáneamente. El padre recoge los frutos de su riesgo, que ha tenido lugar en un contexto de amor y de esperanza: la esperanza recibe el premio del regreso del hijo a la casa paterna, el amor se concreta en una serie de gestos que el padre reserva al hijo: le sale corriendo al encuentro, lo besa, lo acoge. El texto habla entonces de los sentimientos del padre y lo hace con una palabra característica. El término traducido al español por «conmovido» aparece aquí y en otros dos contextos del evangelista Lucas: cuando se conmueve ante el hijo único muerto de la viuda de Naín (7,33) y cuando el buen samaritano se compadece del desgraciado caído en manos de los ladrones (10,33). El término indica una conmoción profunda que afecta a toda la persona, casi una turbación interior. Como al evangelio no le gusta meterse en análisis psicológicos de tipo freudiano, hay que prestar especial atención a los pasajes en que se mencionan los

sentimientos, porque caracterizan a las personas y determinan la recta comprensión del relato. De hecho, este primer acto está dominado por la conmoción del padre, mientras que el segundo narrará la ira del hermano.

En este punto el joven se expresa con las palabras que había preparado y manifiesta su convicción de que, tras lo ocurrido, ya no es digno de ser llamado hijo. El padre permanece padre, tal vez lo es todavía más en este momento de acogida, pero él no puede seguir siendo hijo porque su pasado pesa sobre él como una vergüenza imborrable. Vive más del pasado que del presente o del futuro.

44 El padre deja hablar al hijo porque la confesión que expresa el arrepentimiento hace bien, tiene un efecto liberador beneficioso. No acepta, sin embargo, las conclusiones propuestas por el hijo y no le deja terminar su: «Tenme como a uno de tus jornaleros»; esto es algo completamente impensable para el padre, más atento al presente y al futuro que al pasado, borrado ahora por el arrepentimiento. No reprocha, no recuerda el pasado, porque sería una reagudización inútil de una herida aún no cicatrizada. Si el hijo ha madurado y ha demostrado su arrepentimiento, ¿qué necesidad hay de insistir? Volver a recordar el pasado sería un sadismo o bien un desquite inconsciente, tal vez con un sarcástico: «Antes quisiste irte y ¿ahora que estás metido en líos vuelves?». El castigo más grave y el reproche más

severo se los ha dado el hijo que acepta no ser hijo. El padre muestra una actitud juvenil porque atiende al presente y al futuro, casi olvida el pasado, que, sin embargo, es para el hijo la única realidad en la que piensa, justo como los ancianos que, sin perspectivas ya, vuelven a las nostalgias, a los lamentos o a los remordimientos del tiempo pasado.

A las palabras del hijo el padre responde con una serie de gestos que valen mucho más que las palabras. Se dirige a los criados para que se ocupen del hijo, como ocurría antes, mejor, aún más. El traje mejor (la «túnica larga», como dice el texto griego) indica lo extraordinario de la situación; los zapatos, que entonces llevaban sólo unas pocas personas, la dignidad; el anillo con el sello de la familia, la autoridad; por último, la muerte del ternero y el compartir en la mesa, la alegría de la fiesta y de la comunión.

Un recibimiento, cuando menos triunfal, necesita una explicación, ofrecida puntualmente por el padre: «Este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado». El padre dejó partir al «hijo» y ahora recibe con un abrazo a «este hijo mío»; había visto marchar a un joven presuntuoso y arrogante y ve ahora regresar a un hombre madurado por el dolor, por la lejanía y el arrepentimiento. El momento del arrepentimiento es el comienzo e incluso más: es el medio con el que se cambia el pasado. Si bien los griegos lo consideraban imposible y muchas

veces repetían en sus aforismos gnómicos: «Ni siquiera los dioses podrían cambiar el pasado», san Gregorio de Nisa afirmaba: «Aquí abajo se va siempre de comienzo en comienzo hasta el comienzo sin fin», como para recordar la belleza y la necesidad de saber volver a comenzar. En el padre se libera la alegría por el hijo «crecido» y la fiesta que sigue valora la nueva madurez alcanzada, la nueva relación entre padre e hijo. En esta escena la palabra «hijo» aparece tres veces más, siempre en aumento: en el v. 21 «hijo» pertenece al relato, luego se convierte en «no tu hijo» en boca del joven, para transformarse finalmente en «este hijo mío» en las palabras del Padre. Tal vez no resulte completamente comprensible el comportamiento del padre, pero Pascal le prestaría su célebre pensamiento: «El corazón tiene razones que la razón desconoce».

46

La escena aparece dominada por la conmoción inicial, que primero se convierte en abrazo y luego en fiesta de familia. El que se llamaba «no hijo» recibe la acogida y amor como «este hijo mío»: la situación ha dado la vuelta completamente. Ahora se agiganta la figura del padre, que el hijo puede descubrir con caracteres inéditos de bondad.

Termina el primer acto, que ha tenido como protagonistas al hijo menor y al padre; este último en el papel más importante, porque condiciona el desarrollo de toda la escena. Es el personaje que polariza la atención y el interés de esta primera

parte de la parábola, como también –es fácil de suponer– será el centro de la segunda parte.

3. Segundo acto: el padre y el hijo mayor (vv. 25-32)

Hace su aparición el otro hijo, el mayor, que mueve todo el segundo acto, revelando sus sentimientos hacia el padre y hacia el hermano. Sin embargo también en este acto, como en el anterior, el papel principal corresponderá al padre.

– *Primera escena: el regreso a casa del hijo mayor (vv. 25-28)*

También el hijo mayor vuelve a casa, pero su vuelta es habitual y se da por sentada, el regreso cotidiano después del trabajo del campo. Al acercarse oye una insólita y no prevista fiesta con música y danza; es lógico, por eso, que pregunte a un criado, que le dice: «Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el ternero porque lo ha recobrado sano». La noticia, lejos de darle alegría como había ocurrido con su padre, lo enoja: ¿cómo es posible que se organice una fiesta para ese desenfrenado derrochador? Y todavía más, ¿cómo es posible que se haya matado para él el ternero que se engordaba para una gran ocasión, en muchos casos para la boda del primogénito? Además de

no comprender el motivo de la fiesta, se siente en cierta manera desposeído de un derecho suyo y pospuesto al menor: «Se enfadó y no quiso entrar». Encontramos aquí la segunda anotación psicológica, la ira del mayor, que contrasta con la conmoción del padre al volver a tener a su hijo menor. Ira, desdén y separación se abaten sobre la fiesta que quería ser motivo de comunión, de intimidad alegre por una nueva relación que se había instaurado entre padre e hijo y, se suponía, dentro de toda la familia ahora recompuesta. Pues no. La familia sigue aún rota por el sentimiento de aislamiento y por la negativa del mayor, que no quiere participar en la fiesta.

– *Segunda escena: el encuentro entre el padre y el hijo mayor (vv. 28-32)*

48

«Su padre salió y se puso a convencerlo»: el padre sale a su encuentro como había salido al encuentro del menor. Es siempre el padre el que toma la iniciativa y el que da el primer paso para acortar las distancias. El hijo responde con la reivindicación de sus derechos: «Hace ya tantos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes y nunca me has dado ni un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos». El mayor reivindica sus derechos como el menor que pedía su parte de patrimonio para marcharse de allí. En sus palabras se lee la orgullosa seguridad de su conformismo, su

incondicional y absoluta fidelidad al padre, con un reproche, poco oculto, al padre considerado como «patrón», mediante el oneroso verbo («te sirvo»), típico de los esclavos. El trabajo, más que colaboración y repartición, se vive como dependencia servil. También él quiere hacer una fiesta, pero con sus amigos, con otros, no con los de casa. Pero la fiesta tiene que ser siempre de todos y por grandes motivos, de otra manera se degrada en una orgía, en una francachela. En su dura acusación a su padre olvida un hecho importante: el padre, al dividir el patrimonio, le dio también a él la parte correspondiente, porque se dijo que «El padre les repartió la herencia» (v. 12). Obviamente no se considera el disfrute del patrimonio paterno antes de la muerte del padre: se lamenta por el cabrito que no ha tenido, olvidando que posee el patrimonio que el padre le ha dejado antes de tiempo. En el fondo, el menor ha dado la cara al pedir y el mayor ha gozado del beneficio derivado de la arrogancia del hermano. Todo ello, en el momento de las recriminaciones, se omite y queda inexplicablemente «olvidado».

Tras acusar al padre, el discurso prosigue atacando duramente al menor: «¡Ahora llega ese hijo tuyo, que se ha gastado toda su fortuna con malas mujeres, y tú le matas el ternero cebado!». Habla al padre de «tu hijo», incapaz de reconocer al otro como *hermano*, a quien derriba a los ojos del padre volviendo a un pasado ya sepultado para él y abriendo de nuevo la herida que el padre se

había negado a volver a hacer sangrar. Mientras el padre había recibido alegremente el regreso del menor y en su gran bondad no pensaba en el pasado, precisamente porque «el amor alcanza el perdón de todos los pecados» (1Pe 4,8), el mayor parece conocer sólo el aspecto negativo de su hermano, incapaz de ver y apreciar el esfuerzo y el deseo de vida nueva expresados por el regreso y el arrepentimiento.

50 El padre reconoce las razones del mayor: lo que afirma no es ni falso ni exagerado, porque siempre ha trabajado con el padre y el otro, por el contrario, ha vivido con egoísmo bajo la enseña de una reprochable despreocupación que lo ha llevado a dilapidar el patrimonio. Las razones existen, de acuerdo, pero que no se conviertan en un cómodo pretexto para levantar empalizadas de división o para crear fáciles categorías. El padre lo escucha y le dirige la palabra llamándole «hijo», recordándole así la relación de comunión que el mayor ha vivido siempre, tal vez sin llegar a entenderla plenamente, seguramente sin apreciarla, si ahora, en un momento de tanta alegría para el padre, se aleja y no se dirige nunca a él llamándole por su nombre. El padre vuelve a adoptar con el término «hijo» la relación que el mayor había señalado sólo entre padre e hijo menor y le recuerda que también él es hijo: «Hijo mío, tú estás siempre conmigo»; defiende la posición privilegiada del mayor que no consiste en una fría relación del «debe y el haber» –yo te presto mi obra y tú me

la devuelves—, sino en una relación de indisolubilidad, es decir, de imposibilidad de separación, de comunión interpersonal, a la que sigue la comunión de bienes: «Todo lo mío es tuyo».

Precisamente esta relación interpersonal y su valoración faltan en el mayor, que «hace valer su prolongada fidelidad al padre, pero que en ese momento tan importante para el padre se descubre incapaz de compartir sus sentimientos. También él, tanto como el menor, necesita comprender y descubrir a su padre» (V. Fusco). Las palabras del padre han desmantelado la pretendida seguridad del hijo, han puesto al desnudo que tampoco él ha comprendido al padre, porque no comparte con él sus sentimientos y se aleja de la fiesta de la común reconciliación. Sus razones son válidas, pero el momento y la manera de reivindicarlas manifiestan la intrínseca debilidad de la relación con el padre.

El padre recuerda que la verdadera fiesta, la única, es la que los ve reunidos a todos juntos: «Tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado». La fiesta auténtica se dará cuando el mayor reconozca y acepte al otro, no como «este hijo tuyo», sino como *este hermano mío*; mientras rechaza el título de hermano no podrá dirigirse al padre llamándolo padre y quedará como una mónada que vive aislada de los demás. Comprender al padre es comprender al hermano; comprender al hermano es comprender al padre. Sus seguridades

están rotas y también él se encuentra en la línea de partida, invitado a celebrar con todos los demás la fiesta, la fiesta de la gratuidad que vale si se vive con el padre y con todos los demás. No basta quedarse siempre en la casa del padre para participar en el banquete; no basta tampoco no haber hecho nada censurable: hay que dar un paso más allá del simple buen sentido humano o de la lógica de elemental compasión. Perdonar, aceptar a quien se ha equivocado, volver a darle confianza y posibilidad de empezar de nuevo: todo ello equivale a pasar de la lógica humana a la lógica divina, de lo que todos entienden a lo que llevan a cabo sólo los que están de parte de Dios.

4. Una parábola abierta

52

No existe una conclusión que informe sobre la decisión del mayor. ¿Habrà entendido al padre después de oírle hablar? ¿Habrà acogido al otro como *hermano* suyo y no sólo como hijo del mismo padre? ¿Habrà entrado en la fiesta? La parábola fija en estos interrogantes sobreentendidos su atención y la respuesta a las pretensiones del mayor y de los fariseos de todos los tiempos: lo son todos los que se consideran irrepreensibles sólo porque no llevan sobre los hombros un pasado de traiciones y de infidelidad, pero que, sin embargo, no conocen un impulso generoso de auténtico y desinteresado amor.

Algunas consideraciones retrospectivas ayudan a dar un fundamento sólido a la invitación inicial que recomendaba llamar esta página del evangelio, en vez de «la parábola del hijo pródigo», «la parábola del Padre bueno». El lector se habrá dado cuenta fácilmente de que la figura del padre domina los dos actos, porque es justamente él quien sale al encuentro del hijo menor primero y del mayor después, escuchando las palabras de arrepentimiento de uno y de queja del otro. Después de escuchar, interviene de distinta manera, según las necesidades propias de cada uno: al menor no le responde con palabras, sino con una serie de gestos que expresan el caluroso recibimiento y la renovada integración en la comunión familiar; al mayor, que exige la explicación de lo que le parece una ofensa personal, responde ayudándole a superar la frontera de un miope individualismo, para convencerlo de que aprecie la vida que había florecido sobre el árbol seco de la experiencia negativa y del arrepentimiento.

Podríamos decir que el padre se encuentra en el centro del interés literario y teológico, mientras los dos hijos están igual de distantes, oprimidos por dos experiencias distintas, pero negativas las dos, respecto al padre. Este último da el primer paso para salir al encuentro de los dos con una amorosa paciencia que sabe entender, acoger y promover. De esto resulta una estupenda figura de pedagogo que enseña con su arte refinado y consumado un comportamiento de validez pe-

renne. San Juan Bosco escribía: «Sin duda es más fácil enfadarse que tener paciencia; amenazar a un muchacho que convencerlo; más aún, es más cómodo para nuestra impaciencia y para nuestra soberbia castigar a los que resisten que corregirlos apoyándolos con firmeza y bondad [...]. Recordad que la educación es cosa del corazón y que sólo Dios es su patrón, y nosotros no podríamos lograr nada si Dios no nos enseña esta habilidad y no nos pone en la mano las llaves». *Recordad que la educación es cosa del corazón*: estas sabias palabras valoran al máximo la figura del padre, maestro de pedagogía porque está lleno de confianza y de comprensión.

Un padre tan grande y tan bueno no puede ser más que el Padre de los cielos que Jesús nos ha dado a conocer, el verdadero pródigo de la parábola, pródigo de su inmenso amor a todos.

DEL TEXTO A LA VIDA

54 1. Yo como el hermano menor

1. ¿Vivo la dimensión triangular: yo – Dios – los demás? ¿Me falta tal vez algún lado?
2. ¿Me encuentro a gusto en la casa del Padre, la comunión eclesial, o respiro un aire aburrido, un clima oprimente o incluso sólo un sentido de malestar? ¿Conozco las causas? ¿Qué hago para ponerle remedio?

3. ¿Cuáles son para mí los ingredientes de la verdadera felicidad? ¿Considero también yo la juventud, la libertad y el dinero valores absolutos o de primera importancia? ¿Cuáles son los valores de mi ambiente familiar y social? ¿Puedo llamarlos valores evangélicos? ¿En qué cosa me adapto y cómo reacciono?
4. ¿Cómo y cuánto me dejo interpelar por los «signos de los tiempos» para replantearme mi vida, examinar mis elecciones y mi proceder? ¿Cuándo lo hice por última vez? ¿Qué cambió después?
5. ¿Tengo el valor de reconocer mi culpa, de presentarme a Dios sin justificaciones ni atenuantes? ¿Soy capaz de reconocer mis errores incluso delante de otros, en casa y fuera de ella? ¿Recuerdo el último caso? ¿Fue debilidad o fuerza de ánimo?

2. Yo como el hermano mayor

1. ¿Cuáles son las pretensiones que adelanto con Dios y los demás (salud, reconocimiento de mis méritos...)? ¿Soy tal vez arrogante? ¿Recuerdo algún caso del que no puedo jactarme?
2. ¿Tengo también yo ilusión por construir una auténtica relación con el Padre, sin comprometerme en construirla también con el hermano?
3. ¿Me esfuerzo por adaptarme a los esquemas

del evangelio (los del Padre) o quiero encerrar el evangelio en los de la lógica humana (el hijo mayor)? ¿Soy capaz de diálogo y de acogida? ¿A cuándo se remonta el último ejemplo?

3. Yo como el Padre

1. El Padre perdona, mira hacia delante. ¿Y yo? ¿Hasta dónde me bloquea o me condiciona el pasado de los demás? ¿A quién concedí el perdón la última vez? ¿A quién se lo he negado? ¿Qué sentí y qué siento ahora? ¿Qué me enseña la parábola?
2. ¿Tengo capacidad para adaptarme y elasticidad mental para las distintas situaciones? ¿Combino la diversidad con el amor o sólo con mi interés y mi comodidad?
3. ¿Me alegro con quien se alegra y sufro con quien sufre?
4. ¿Vivo la novedad de la gracia que transforma al hombre viejo en hombre nuevo? ¿Lleva mi presencia vida o muerte? ¿Novedad o trastos viejos?